

I

EL VINO

Érase uno de esos celebérrimos hombres, que a la vez era un bobalicón —lo que suele ir aparejado y que, no en vano tendré, sin duda, el amargo gusto de confirmar— quien, en un libro acerca de la Buena Mesa —concebido desde la doble perspectiva de sus efectos sobre la salud y el paladar— tuvo la osadía de escribir, a propósito del producto «vino», lo siguiente: «Se considera inventor del vino al patriarca Noé. Se trata de un licor que se hace con el fruto de la vid».

¿Y después, qué? Después, nada. Eso es todo. Por más que hojeéis el infolio, dándole vueltas por todos lados, que lo leáis hacia atrás, o hacia delante, al derecho o al revés, no encontraréis en *La Physiologie du goût* del eximio y respetadísimo Brillat-Savarin<sup>1</sup> nada más sobre el vino, que no sea: «El patriarca Noé. Se trata de un licor (...)».

---

1. Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826), magistrado y literato francés cuya única memoria se debe a su *Physiologie du goût*, peculiar *Tratado del buen comer*, publicado en 1825.

Pongamos que un habitante de la Luna, o de cualquier otro planeta lejano, llegara a nuestro mundo y que, cansado de tantas escalas, se planteara hacer un alto para echar un trago y tomar algo caliente. Al viajero, además, le apetece ponerse al día de los placeres y costumbres de la Tierra, pues ha oído vagamente hablar de vinos y licores exquisitos con los que los ciudadanos de este orbe consiguen todo el valor y la alegría que quieran. Y, para confirmar su elección, el habitante de la Luna abre el oráculo del buen gusto, el célebre e infalible manual Brillat-Savarin, topándose ahí, en su entrada «vino», con esta estupenda definición: «El patriarca Noé (...). Este licor se hace (...)». No cabe duda, el párrafo no puede ser más digestivo y hasta explícito. Es de todo punto imposible, tras haber leído esta frase, no tener una idea clara y precisa de todos los vinos, de sus diversas cualidades, de sus efectos secundarios, y de su potente efecto sobre el estómago y sobre el cerebro...

¡Ah!, queridos amigos, no leáis a Brillat-Savarin. *Dios preserva a quienes ama de lecturas inútiles*; esta es la primera máxima de un librito de Lavater<sup>2</sup>, filósofo que quiso a los hom-

---

2. Johann Kaspar Lavater (1741-1801), poeta, teólogo y místico suizo, amigo de Goethe.

bres más que ningún edil del mundo antiguo y moderno lo haya hecho jamás. ¡Ah!, ningún dulce ha sido bautizado con el nombre de Lavater, pero el recuerdo de este ángel de hombre perdurará entre los cristianos, cuando hasta los aguerridos burgueses hayan olvidado el *Brillat-Savarin*, especie de bollo insípido, cuyo menor defecto consiste en haber servido de excusa para encasquetar esa pedante y ñoña *cháchara de ocurrencias*<sup>3</sup> que se extrae de la famosa obra maestra. Si una nueva edición de la falsa joya se atreviera a confrontar el buen sentido de la humanidad moderna, vosotros, melancólicos que bebéis, que alegres bebéis, todos los que en el vino buscáis olvidar o recordar y, sin hallarlo nunca a satisfacción plena, contempláis el mundo únicamente a través del cielo color culo de vaso de la botella<sup>4</sup>, vosotros, los olvidados o ignorados que bebéis, ¿compraríais un ejemplar de este libro, devolviendo bien por mal, generosidad por insensibilidad?

---

3. *Dégoisade*: hápax cuya etimología deriva de *dégoiser*, cuya traducción bruta sería: Soltar *una serie de boutades*. Traducimos *boutade* como *salida, ocurrencia, golpe de gracia*, para evitar el galicismo. (N. de la t.)

4. Éditions Robert Laffont, S.A., París, 1980: «Béroalde de Verville, *Medios de tener éxito*». (N. del Ed.) Se refiere a la obra del escritor-poeta renacentista. (N. de la t.)

Abro la *Kreiseriana* del divino Hoffman, donde leo una curiosa recomendación. El músico riguroso ha de servirse champán para poder componer una ópera cómica, solo así encontrará la energía espumosa y ligera que reclama el género. La música religiosa demanda vino del Rin o del Jurancon, cuyo amargor final embriaga como el profundo fondo de las ideas profundas; cuando la música heroica, con esa grave fogsidad precursora del patriotismo, no puede prescindir del vino de Borgoña. Evidentemente, se trata de esto; y aparte el entusiasmo propio de quien bebe, encuentro esta descripción tan ecuánime que honraría a un alemán.

Hoffman había ideado un singular barómetro psicológico destinado a servirle a un tiempo de termómetro y meteorólogo de los diferentes estados de su alma. En él aparecen registros del tipo: «Espíritu ligeramente irónico atemperado de indulgencia, espíritu de soledad con honda autocomplacencia, alegría musical, entusiasmo musical, tempestad musical, alegría sarcástica insoportable personalmente, aspiración a salir de mi *mismidad*, objetividad excesiva, fusión de mi ser con la naturaleza...». No hace falta decir que las clasificaciones del barómetro moral de Hoffman se habían ido fijando según su propio orden de generación, igual que en los verdaderos

barómetros. A mí me parece que, entre este barómetro psíquico y la explicación de las cualidades musicales del vino, hay una indudable relación de semejanza.

La muerte vino a buscar a Hoffman en el preciso momento en que empezaba a ganar dinero, cuando le sonreía la fortuna. Fue precisamente al término de sus días, como le sucediera a nuestro querido, grande, Balzac, cuando vio brillar, a su vez, la aurora boreal de sus esperanzas de siempre. Entonces, cuando los editores se disputaban sus cuentos para sus almanaques, con la intención de ganárselo, adoptaron la costumbre de añadir una caja de vino francés a cada envío en metálico.